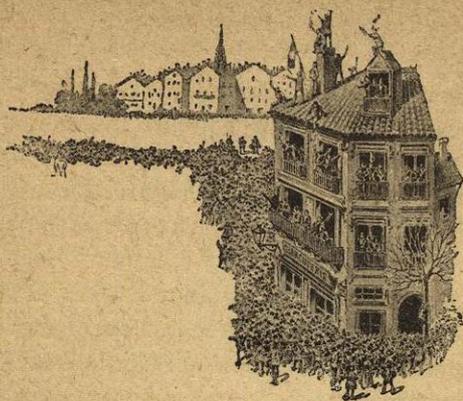


instante, paraguas y sombrillas, impermeable, lentes azules para evitar las oftalmías, y, en fin, el farmacéutico Bezuet le preparó un botiquín de viaje, repleto de aglutinante, alcanfor, árnica y vinagre de tocador.

¡Pobre Tartarin!

Tantos preparativos tenían como principal objeto el calmar, á fuerza de precaución y de delicadas atenciones, el furor de Tartarin-Sancho, que, desde que la marcha estaba decidida, no callaba ya ni un segundo y *refunfuñaba* sin cesar.



XIII

LA MARCHA

El gran día, el día solemne, llegó por fin.

Con el alba, Tarascón entero estaba en pie, llenando el camino de Avignon y los alrededores de la casita del baobab. Había gente en las ventanas, en los tejados, en los árboles; los marineros del Ródano, los demandaderos, los limpiabotas, los burgueses, los curtidores y tejedores, el Círculo en masa; en fin,

toda la ciudad. Además, gentes venidas de Beaucaire que habían atravesado el puente, los pescadores de las afueras, carretas con grandes toldos; vendimiadores montados en mulas adornadas con cintas de vistosísimos colores; oleadas de campanillas, cascabeles, lazos, caireles, madroños; y aun de trecho en trecho lindas muchachas venidas de Arlés, montadas á la grupa en los caballos de los novios, caballeros en pequeños corceles, más ó menos briosos, de Camargue, piel de rata y luciendo las bellas la cinta azul en torno á la cabeza.

El gentío era inmenso delante de la puerta de Tartarin que se iba á matar leones entre los *Teurs*. Para los tarasconenses, África, Grecia, Persia y Turquía formaban un país vago, casi mitológico, y todo eso se llama los *Teurs*, en su jerga meridional: los *Turcos*.

En medio de aquella batahola, los cazadores de gorras iban y venían, orgullosos por el triunfo de su jefe, trazando á su paso como luminosas huellas de gloria.

—¿No apostabais en contra? decían los más entusiastas.

—Nosotros no hemos dudado nunca de Tartarin, jamás, respondían los otros; pero las circunstancias, la conveniencia de permanecer aquí, y, sobre todo, la prudencia que le caracteriza, nos inclinaba á pensar que no partiría.

—Pues ya veis lo contrario. Tartarin va á África, y estad seguro de que nos honrará á todos.

Delante de la casa estaban parados dos enormes carretones, y de vez en cuando la verja se abría, dejando ver algunas personas paseándose gravemente por el jardín. Mozos de cuerda sacaban baules, cajas y sacos de viaje, que metían en los carros.

Cada cajón que salía entusiasmaba á los espectadores, que decían en alta voz: "Este contiene la tienda de campaña... ése las conservas... esotro el botiquín... aquél las armas..." Y los cazadores de gorras daban algunas explicaciones sobre ciertos enseres.

La multitud estaba ebria de gozo. El egregio hijo de Tarascón se disponía á escribir una página en la historia de las glorias tarasconenses, y todos se des-

hacían en lenguas ponderando las proezas de su ídolo, que daban ya por realizadas. La fama de Tartarin invadiría el mundo; los libros de sus viajes, de sus aventuras, de sus prodigios, se publicarían en todos los idiomas, y llegaría el momento en que decir "soy tarasconense," sería tanto como llevar un talismán que hiciera recaer sobre quien tales palabras pronunciara, toda la consideración y todo el respeto que los héroes conquistan para los suyos.

¡Oh insigne Tartarin, honra y prez de sus progenitores, orgullo de sus conciudadanos, descendiente de aquellos intrépidos provenzales, perseguidores sin tregua de la célebre y legendaria Tarasca!

De repente, á eso de las diez, un gran movimiento se operó entre los espectadores, y la verja giró violentamente sobre sus goznes.

—¡Él es! ¡Él es! prorrumpieron todos en unísona exclamación.

Era él, en efecto. Pero cuando apareció en el dintel, gritos de estupor salieron de en medio del gentío.

—¡Es un *Teur!* exclamaban.

— ¡Tiene lentes!

Y es que Tartarin de Tarascón había creído deber suyo, puesto que se dirigía á Argel, vestir el traje argelino.

Llevaba, pues, pantalón bombacho de tela blanca, chaquetita muy ceñida, con botones de metal dorado; una faja encarnada de cerca de una vara de ancho alrededor de la cintura, y tenía el cuello desnudo, la cabeza medio afeitada y una enorme *chechia*, ó sea un gorro encarnado en ella, con una borla de seda azul excesivamente larga. Iba armado con dos enormes fusiles, uno en cada hombro, un cuchillo de monte en la cintura, sobre el vientre una gran cartuchera y en la cadera un revólver con su funda de cuero. Y... nada más.

¡Ah! Llevaba también anteojos, unos anteojos muy grandes, y que, en honor de la verdad, disminuían mucho el aspecto feroz de nuestro héroe.

—¡Viva Tartarin!... ¡Vivaaa!... vociferaba la multitud.

El grande hombre sonreía, pero no saludaba, porque se lo evitaba toda aquella impedimenta de fusiles, etc., etc. Por

lo demás, ya sabía á qué atenerse en cuanto al favor popular; tal vez allá desde el fondo de su alma maldecía silenciosamente de sus conciudadanos, de sus despiadados compatriotas, que le obligaban á partir, á dejar su linda casita de blancas paredes y verdes persianas... Pero estas intimidaciones de la conciencia nadie las veía.

Con calma y orgullo, aunque un tanto pálido, avanzó hasta el centro de la carretera; inspeccionó las carretillas donde estaba cargado su equipaje, y después de convencerse de que no faltaba nada, sin volverse siquiera una sola vez hacia su casa, tomó con aire marcial el camino de la Estación. Detrás de él marchaba el bravo comandante Bravida, capitán administrador del vestuario de la plaza, el presidente Ladeveze, el armero Costecalde y todos los cazadores de gorras; después seguían las carretas, luego, por último, el pueblo.

El jefe de estación, antiguo soldado africano de 1830, esperaba en el andén al intrépido tarasconense, y le dió con toda la efusión de su alma, con envidia

tal vez, un vigoroso apretón de manos.

El expreso de París-Marsella no había llegado todavía, y Tartarin y su estado mayor entraron en la sala de espera. Para evitar el barullo, el jefe de estación había mandado cerrar la verja.

Durante un cuarto de hora se paseó arriba y abajo en medio de los cazadores de gorras; y como les hablara de su viaje, de sus futuras cacerías y les prometiera enviarles pieles, le rogaban todos á porfía que no los olvidase, pidiéndole cada cual que escribiera su nombre en el libro de memorias.

Tranquilo y dulce como Sócrates en el momento de beber la cicuta, el intrépido tarasconense tenía una palabra para cada uno, una sonrisa para todos. Hablaba con sencillez y afabilidad; se hubiera dicho, al contemplarle, que antes de partir quería dejar tras sí un rastro de encanto, de suaves recuerdos, de afectos bondadosos. Al escuchar producirse de aquella manera á su jefe, todos los buenos cazadores de gorras se hallaban emocionados, con las lágrimas en los ojos, y algunos, como el presidente La-

deveze y el boticario Bezuquet, hasta sentían el gusano roedor del remordimiento. Los hombres encargados de los equipajes lloraban sin contenerse. Fuera de la estación, la muchedumbre miraba á través de la empalizada, gritando á cada paso: "¡Viva Tartarin!,,"

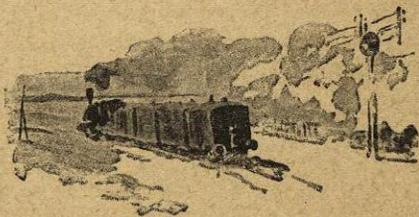
La campana de la estación sonó anunciando la llegada del tren, poniendo así término á las enfadosas despedidas.

Un ruido sordo y un agudo silbido resonaron en las bóvedas de la estación.

—¡ Al tren , señores viajeros , al tren! dijeron los mozos de servicio.

—¡Adiós, Tartarin!... ¡adiós!...

—¡Que Él quede con vosotros! les contestó; y en el valiente comandante Bravida abrazó fuertemente á todo Tarascón. Después, lanzándose hacia la vía, montó en un coche lleno de parisienses, que por poco se mueren de miedo viendo entrar á aquel ser extraño, armado de todas armas.



XIV

EL PUERTO DE MARSELLA

¡EMBARQUE! ¡EMBARQUE!

EL 1.º de Diciembre de 186..., á las doce del día, con un sol de invierno provenzal, un ambiente puro, transparente, espléndido, los marseleses vieron asombrados atravesar la calle de la Canebière á un *Teur*, ¡oh! ¡pero qué *Teur*!... Nunca habían visto otro semejante, á pesar de que Dios sabe que no faltan tales *Teurs* en Marsella.

El *Teur* en cuestión—no tengo necesi-

dad de decirlo—era Tartarin, el gran Tartarin de Tarascón, que caminaba á lo largo de los muelles, seguido de sus enormes cajas, cofres y baules (armas, botiquín y despensa), hasta el embarcadero de la Compañía Tonache, y en busca del paquebot *El Zuavo*, que debía transportarlo allá...

Todavía resonaban en su oído los aplausos y vítores de sus compatriotas; aquella luz brillante, el olor del mar, todo le embriagaba, y Tartarin seguía altivo y fiero su trayecto con los fusiles suspendidos por las correas en sus respectivos hombros. Alta la cerviz, mirando soberbio el maravilloso puerto de Marsella, que veía por primera vez, y que le desvanecía... El pobre hombre creía soñar. Le parecía llamarse Simbad el Marino, y que erraba por una de aquellas ciudades fantásticas como las descritas en *Las mil y una noches*.

Hasta donde la vista alcanzaba no se divisaba otra cosa que un espeso bosque de mástiles, de vergas, cruzándose y moviéndose en suave balanceo. Banderas y gallardetes de todos los países, rusos,

griegos, suecos, tunecinos, americanos... Los barcos á lo largo del muelle, casi tocando con el paredón de la fábrica; los bauprés llegando sobre la escarpada, como filas de bayonetas. Por debajo, las náyades, las diosas, las vírgenes y otras esculturas de madera pintadas, doradas, plateadas, que dan su nombre simbólico á la nave; todo ello lamido por las aguas del mar, carcomido, chorreando, limoso... De trecho en trecho, entre las embarcaciones, un pedazo de mar como un grande pedazo de muaré manchado de aceite... Por entre el encabestramiento de las vergas, nubes de gaviotas, formando hermosas manchas en el cielo azul; por acá y allá gritos de grumetes que se llaman en todas las lenguas conocidas, pero adulteradas por la jerga marina.

Sobre el muelle, en medio de los arrosos provenientes de las fábricas de jabón, verdes, espesos, negruzcos, cargados de aceite y de sosa, un pueblo entero de aduaneros, de comisionistas, de mozos, de carritos tirados por cabalitos de Córcega.

Almacenes de extrañas manufacturas, barracas humeantes, ennegrecidas, donde los marineros guisan; vendedores de pipas, vendedores de monos, de loros, de cuerdas, de telas embreadas, de fantásticos útiles que parecen inverosímiles mercancías, cuyo objeto es imposible definir, mezclándose con desechos marinos de extravagante arsenal: viejos cañones, viejos cables, viejas velas, viejos faroles, viejas áncoras, viejas poleas, viejos aparejos, anteojos marinos de tiempos de Juan Bart y de Duguay-Trouin.

Vendedoras de almejas y otros moluscos, agrupadas y chillando entre los montones de conchas. Marineros que pasan con pucheros de brea, marmitas humeantes, grandes canastos llenos de pulpos, que van á lavar en el agua blanquecina de las fuentes.

Por todas partes un amontonamiento prodigioso de mercancías de toda especie: sederías, minerales, vigas de madera, barras y planchas de plomo, paños, azúcar, algarroba, colza, regaliz, caña de azúcar. El Oriente y el Occidente

mezclados; montones de quesos de Holanda, que los genoveses tiñen de rojo con las manos.

Más allá, el muelle del trigo; los demandaderos descargando los sacos en las escarpadas del muelle, desde lo alto de los grandes andamiajes. El trigo, torrente de oro, rodando en medio de blondas humaredas. Hombres con gorros encarnados, cribándolo al medirlo en harneros de piel de asno, y cargándolo en carretas que se alejan seguidas de un regimiento de mujeres y de niños con escobillas y cestos de espigar... Más lejos, la dársena de la carena; los grandes barcos recostados sobre un flanco, y que se les requema el casco con malezas para extirparles las plantas marinas adheridas, las vergas en remojo, el olor á resina, el ruido ensordecedor de los carpinteros doblando el casco de los barcos con grandes placas de cobre.

A veces, entre los mástiles, un claro, por el cual se entrevé el cielo.

Entonces Tartarin veía la entrada del puerto, el grande vaivén de navíos y buques de todo género; una fragata in-

glesa que salía para Malta, gallarda y reluciente de limpia, sus oficiales con guantes amarillos; ó bien un gran brick marsellés soltando las amarras en medio del fragor de gritos, exclamaciones, juramentos é interjecciones pronunciadas á compás, y detrás un grueso capitán, de levita, mandando la maniobra en provenzal. Barcos que partían veloces, á velas desplegadas; otros que llegaban, divisándose en lontananza bañados por el sol, lentamente empujados por la brisa.

Y además, un rumor espantoso, rodar de carros, "¡oh, iza!", de los marineros, silbidos, maldiciones, blasfemias, pitos de los vapores, cantos, redobles de tambor y toques de corneta del fuerte de San Juan, del de San Nicolás; las campanas de la Mayor, de San Víctor; sobrecubriendo todos los rumores el viento Maestral, envolviendo todo con su ronco rodar, sacudiendo todo con su embestida del Norte, confundiendo y entremezclando todo con su propia voz, y produciendo una música loca, salvaje, heroica como la gran charanga del viaje, banda

que infundía deseos de partir, de ir lejos, de tener alas.

A los acordes de esta bella banda de música se embarcó Tartarin de Tarascón para el país de los leones.

